

Historia

Severo Ochoa en Mallorca*

José María Rodríguez Tejerina

Cuando mi admirado amigo y querido presidente el doctor *Félix Pons* me invitó a pronunciar una charla con motivo de la fiesta de nuestra Patrona, Nuestra Señora del Perpétuo Socorro, pensé hacerla sobre algún Colegiado de Honor de los varios que, a lo largo de su historia, ha nombrado este Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Baleares. Caí enseguida en la cuenta de que *Severo Ochoa de Albornoz* lo es; precisamente por estas fechas, se cumplen los veinte años de su nombramiento.

Luarca y Málaga

En efecto, hace ahora cuatro lustros que don *Severo* estuvo en Mallorca. Permaneció entre nosotros desde el 2 de junio, lunes, hasta el 7, sábado, del mismo mes de 1969. Llegó al aeropuerto de Son Sant Joan de Palma a las 11 de la noche. Venía acompañado de su esposa. Fueron a recibirlo, *Javier Garau Armet*, *José M.^a del Valle Fité*, *Juan Caldentey*, *Santiago Forteza Forteza*...

Era la segunda vez que *Ochoa* venía a la Isla Dorada.

— Estuve aquí el año 23. Con una expedición de *Odón de Buen* — Nos dijo — Visitamos el Laboratorio Oceanográfico. ¿Existe todavía?

— Sí, donde entonces, en Porto Pi. Cerca del Hotel Victoria en el que se alojan *Carmen* y usted.

— Otros compañeros siguieron viaje a Múnaco. Yo, me quedé en Mallorca.

En 1923 *Ochoa* empezaba a estudiar la carrera de Medicina en Madrid. Tenía apenas 18 años. Había nacido el 23 de septiembre de 1905 en Luarca un pintoresco pueblecillo de pescadores de Asturias. Vino al mundo en una casona de estilo colonial que había hecho construir su padre cuando volvió, muy rico, de Ultramar. La casa, que aún se conserva, está en el Villar de Arriba, en un alcor.

El padre murió muy joven. *Severo* tenía sólo siete años. Eran seis hermanos, tres niñas y tres niños. La madre, a poco de morir su esposo, enfermó. Los médicos le aconsejaron pasara los inviernos lejos de la humedad sombría de Asturias. Y se trasladó toda la familia a Málaga.

Pero todos los veranos volvían a Luarca, y *Severo* correteaba con los chicos del pueblo por la playa y por los muelles donde estaban atracados los barcos de pesca con sus cascós, rojos y azules.

«Mi patria es mi infancia», decía *Rilke*. En *Severo Ochoa* se observa, desde muy niño, una ambivalencia espiritual. Una dualidad de hijo del Sur, acostumbrado a la luz del Mar Mediterráneo, y un carácter asturiano melancólico, como el cielo brumoso que cubre el Océano Atlántico. Cualidades matizadas por la angustia de una temprana orfandad.

Madrid

Llega a Madrid, para estudiar Medicina, en 1922. La capital de España es un pueblo grande, castizo, con rumores de verbena y olor a churros. Parecido al descrito en sus primeras novelas por *Pío Baroja*.

Se aloja *Severo* en sucesivas casas de huéspedes; en una de la calle del Barco, en otra de la de Infantas. Estudia el tercer curso de la carrera y ya es ayudante de clases prácticas de Fisiología. Comienza a dar lecciones particulares a varios estudiantes de Medicina. *Ochoa* explicaba muy bien, con gran sencillez. Ha sido siempre un gran pedagogo; desde su más temprana juventud. Las disertaciones del catedrático, *Negrín*, en la Facultad eran muy confusas. *Severo* procuraba aclarar

* Conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos de Baleares el día 23 de junio de 1989.

los modernos secretos de la Bioquímica a sus condiscípulos; *Vega Díaz* y otros muchachos asturianos. Enseñar, suele afirmarse, es aprender.

El prestigio de *Ochoa* ante sus compañeros era grande y derivaba, no sólo de sus dotes pedagógicas, sino de su aureola de alguien, «que ya hacía investigación». Y es que *Severo*, había estado en Glasgow, durante el verano de 1925, con el fisiólogo *Noel Paton*, estudiando el metabolismo de las bases guanídínicas y de la creatina en relación con las paratiroides.

Paton quedó asombrado de la inteligencia del muchacho asturiano, y así se lo escribió a don *Juan Negrín*.

Ochoa, estudiante todavía, descubrió asimismo, en 1927, un efecto, desconocido hasta entonces, que producía la inyección de preparados guanidínicos sobre las células melanóforas de la rana.

Bernardo Alberto Houssay, el maestro de la Fisiología argentina, que también llegaría a ser Premio Nobel, vino por aquellas calendas a Madrid, a dar una conferencia. *Severo Ochoa* se «sintió deslumbrado por la categoría humana del sabio». Habló con él y sus consejos pesaron mucho para que cristalizara, definitivamente, su vocación de investigador.

Severo estudiaba las asignaturas de la Licenciatura de Medicina con verdadero interés. No iba nunca a una sala de billar ni fue jamás al fútbol o a los toros. Pero no era un joven mojigato. Le gustaba divertirse. Bailaba muy bien. Tenía mucho éxito con las mujeres. «Era un mozo alto, espigado, pernilargo, de pelo corto, liso, peinado hacia atrás, con la mirada fija, siempre, en algo. Tenía cara infantil, de niño bueno, barba poco poblada, voz semiaguda».

Durante los fines de semana, y en vacaciones, se iba con algún amigo, *Vega Díaz*, *Grande Covián*, de excursión, en su automóvil, a Soria, Burgos, Santo Domingo de Silos, Colindres.

También le gustaba mucho la música, incluso la moderna y el «jazz». Y montar a caballo, nadar. Mas, casi todo su tiempo lo dedicaba a estudiar o hacer experimentos en el laboratorio de Fisiología de la Fa-

cultad de Medicina de San Carlos. *Ochoa* se pasaba la mayor parte de las noches en claro, leyendo libros y apuntes de clase.

Don Odón de Buen y del Cos

Aquél joven estudiante es el que va a llegar, al filo de sus 18 años, en 1923, a Mallorca, con una expedición de alumnos de Biología organizada por el celeberrimo profesor *De Buen*.

Don *Odón de Buen y del Cos*, por un raro designio histórico, será quien traiga a Mallorca a nuestros dos únicos Premios Nobel de Medicina y Fisiología; *Santiago Ramón y Cajal* y *Severo Ochoa de Albornoz*. Don *Santiago* recibió el Premio Nobel en 1906. El Colegio Médico Farmacéutico de Palma le nombró Socio de Honor y organizó una velada, en el Teatro Principal, el 3 de marzo de 1907, para testimoniar el entusiasmo que sentía Mallorca por el sabio aragonés.

Se leyeron «trabajos de verdadero interés» y un poema de *Rubén Darío* alabando los quehaceres del popular histólogo.

Pero don *Santiago* no visitaría Mallorca hasta enero de 1910. Llegó acompañado de su gran amigo el senador del Reino don *Odón de Buen*. Que era director del Laboratorio Oceanográfico de Baleares por aquellas fechas. *Cajal* quería estudiar las neuronas, las «mariposas del alma», de la retina de los cefalópodos de la bahía de Palma.

El 24 de enero el Colegio Médico Farmacéutico proclamó a don *Santiago*, Presidente de Honor. El presidente del Colegio, don *Bernardo Riera*, pronunció un discurso protocolario al que contestó, «con loable humildad», el Maestro, quien parecía muy cansado. Dio las gracias a la clase médica mallorquina y manifestó, una vez más, su amor a la patria y su vocación científica. A continuación se sirvió un «lunch» en la planta baja del Colegio, servido por el restaurante Orient.

La Residencia de Estudiantes

Hacia la mitad de su carrera, durante el curso 1927-28, *Ochoa* ingresa en la Residencia de Estudiantes de Madrid. *Severo* acababa de perder a su madre.

Como no había habitación disponible ocupó, durante cerca de dos años, la misma de *Rafael Méndez*, un prometedor estudiante de Farmacología, discípulo de don *Teófilo Hernando*, con el que entabló estrecha amistad. También se hizo muy amigo de *Grande Covián*, asturiano como él. *Severo Ochoa* pronto se sintió fascinado por las obras de *Cajal*; *Reglas y consejos sobre investigación* y *Recuerdos de mi vida*. Y por la de *Claudio Bernard*, titulada, *Introducción al estudio de la Medicina Experimental*.

Seguía pensando en su encuentro con *Houssay* y rememoraba su estancia en Glasgow, con *Paton*. Soñaba con irse a Alemania, a trabajar con *Meyerhof*. En colaboración con *Hernández Guerra*, publica un opúsculo, *Elementos de Bioquímica*, cuya primera edición aparece en noviembre de 1932.

Ochoa se sintió integrado enseguida en el espíritu juvenil, tolerante, creador, de la Residencia. Hacía ya 12 años que había fallecido don *Francisco Giner de los Ríos*, «la figura más notable del siglo XIX». Pero perduraba su mensaje, plasmado en los versos de D. *Antonio Machado*:

Hacedme un duelo de labores y esperanzas

Sed buenos y no mas, sed lo que he sido entre vosotros; alma.

Alberto Jiménez Fraud era el director de la nueva Residencia, que estaba por los Altos del Hipódromo, en la calle del Pinar n.º 21, cerca del Canalillo, en una suave colina, poblada de chopos, sembrada de césped, que dominaba el final del Paseo de la Castellana. Un Madrid posible e imposible. Allá, en el fondo, la Sierra del Guadarrama. «Los azules montes del ancho Guadarrama», de *Giner*.

Tenía don *Alberto*, a quien recuerda *Ochoa* con emocionado afecto, algo de

misterioso. Parecía flotar, sin hacer ruido, por los pabellones de la Residencia. Nunca levantaba la voz, ni corría. Lo hacía todo sin esfuerzo aparente.

— *Recuerdo a don Alberto Jiménez Fraud, tranquilo, gobernándolo todo como quien no hace nada.*

Dirá, años después, *Gabriel Celaya*.

Severo Ochoa pasaba los días en los laboratorios de la Residencia, que estaban dirigidos por *Madinaveitia*, *Calandre*, *Lafora*, *Del Río Hortega*. El de Fisiología contaba con unos pequeños departamentos dedicados a los investigadores, una biblioteca y un simpático rincón donde, después de comer, se reunían algunos residentes a degustar un café, preparado al uso de la Gran Canaria, por el malogrado *Hernández Guerra*. A veces asistía a la pequeña tertulia, don *Juan Negrín*, siempre extraordinariamente ocupado. En ocasiones solemnes se invitaba a tomar aquel café «perfecto», a personajes de paso por la Residencia; *Unamuno*, *Frobenius*, *Le Corbusier*, *Max Jacob*, *Blas Cabrera*.

Bajo el «torrencial dinamismo» de don *Juan Negrín*, se formó un entusiasta equipo de jóvenes investigadores; *Severo Ochoa*, *García Valdecasas*, *Grande Covián*. El tema de sus primeros trabajos, que les señaló el propio *Negrín*, fue el de, «Estado de las variaciones de la creatina muscular».

Residentes famosísimos por aquél tiempo fueron, *Federico García Lorca*, *Rafael Alberti*, *Luis Buñuel*, *Moreno Villa*. Y, visitantes habituales, *Juan Ramón Jiménez*, *Ortega* y *Gasset*, *Miguel de Unamuno*, *Antonio Machado*, *Xavier Zubiri*, *Pío Baroja*, *Gerardo Diego*, *Dámaso Alonso*, *Pedro Salinas*, *Manuel de Falla*...

Entre los ciento cincuenta residentes, de todas las regiones españolas y aun extranjeros, había un grupo de estudiantes mallorquines; *José Feliu*, *Martín Pou*, *Javier* y *Antonio de la Rosa*, *Ramón Rotger*, *Luis Alemany*, *Antonio Morey Bauzá*; *Javier Garau Armet*.

Cuando se reunían hablaban siempre en mallorquín.

Carmen García Covián

Al fin, en 1929, *Severo Ochoa* termina la licenciatura y se doctora, con premio extraordinario. Y logra realizar su sueño dorado. Le concede una pensión la Junta de Ampliación de Estudios y se traslada, primero a Berlín y luego a Heidelberg, al *Kaiser Wilhelm Institut*. A estudiar con *Otto Meyerhof*, el premio Nobel de 1922.

Ochoa impresiona vivamente al profesor alemán quien llega a nombrarle *Privatdozent*.

Vuelve a España rebosante de entusiasmo. En el laboratorio de Fisiología de la Junta de Ampliación de Estudios que dirige también *Negrín*, y en colaboración con *Grande Covián*, inicia un trabajo sobre «La dinámica energética del músculo en la insuficiencia suprarrenal experimental». Estudio que será la base de su tesis doctoral.

En 1931 se casa con *Carmen García Covián*, una bella muchacha asturiana como él, de familia acomodada, muy amiga de la suya. Habían coincidido varios veranos en Luarca. Salieron juntos, comprobaron que tenían aficiones comunes, gustos similares. Se casaron en la basílica de Covadonga. *Carmen Covián* fue el único, apasionado amor de *Severo* durante toda su vida. Con ella marcha otra vez a Inglaterra. A Plymouth, a laborar con *Harold W. Dudley* en un trabajo sobre las enzimas. Viven en una modesta casa de huéspedes. *Carmen* acompaña cada día a *Severo* al laboratorio del Instituto de Biología Marina, que está junto al mar. A media mañana dejan los experimentos y corren, los dos, a la playa. A nadar. Fue una de las temporadas más felices de sus vidas. Trabajaron juntos durante ocho inolvidables meses.

— Aprendí unas cuantas técnicas y pude ayudar a *Severo*. — Dice *Carmen*.

Fruto de aquellos estudios sobre «Los músculos de los invertebrados y su contenido en coenzimas», fue un trabajo publicado en una revista, firmado por *Severo Ochoa* y *Carmen Covián*.

— Sí, lo hicimos *Carmen* y yo, bajo la di-

rección del profesor *Dudley* — Confirma, orgulloso, don *Severo*.

— Acabábamos de casarnos — Añade, coqueta, *Carmen*, con su voz suave, que aún conserva un dulce acento asturiano. — A pesar de que mi marido ha trabajado siempre tantísimo, hemos procurado pasarlo muy bien, aprovechar todas las oportunidades.

— Lo que hice de allí en adelante — confiesa *Ochoa* — no hubiera sido posible sin la comprensión, el aliento constante, los acertados consejos de mi mujer, que supo hacer suyos mis anhelos y aspiraciones.

Al cabo de unos meses el matrimonio retorna a España. *Severo* es nombrado Ayudante de Fisiología y Bioquímica de la Facultad de Medicina. Y, en 1933, Profesor Auxiliar. Trabaja también en otro laboratorio que *Negrín* acaba de instalar en la Ciudad Universitaria.

Unas oposiciones a cátedra

Y sobreviene ahora el momento crucial de la existencia de *Severo Ochoa de Albornoz*. Se presenta a las oposiciones a una cátedra de Fisiología de la Universidad de Santiago de Compostela. Y es derrotado, «material y moralmente», como refiere *Vega Díaz*, testigo de excepción del lance.

Ochoa, aunque muy joven, no había cumplido los treinta años, concurría a las oposiciones con un «curriculum vitae» impresionante. Con una vida, tras de sí, corta, pero saturada de trabajos científicos, realizados en España y en el extranjero. Con el título de *Privatdozent* otorgado por el Premio Nobel *Meyerhof*. Ante un tribunal idóneo, que tenía por presidente a su maestro *Negrín* y en el que figuraba un miembro de su Escuela, *Hernández Guerra*, colaborador de *Severo*, catedrático desde hacía muy poco tiempo.

Ochoa estaba seguro de obtener la cátedra. En la trínca no atacó a nadie. Tampoco fueron criticadas sus publicaciones. Sus ejercicios de oposición resultaron tan

brillantes como sencillos. Cuando *Severo Ochoa* vio entrar en el aula a los miembros del tribunal para proceder a la votación y observó el gesto «raro, entre hosco y apesadumbrado de su maestro», y el esquivo del hasta hacía unos meses compañero suyo, comprendió que iba a ser derrotado.

Como así fue. Pasados los naturales momentos de desesperación, lo primero que hizo *Ochoa* fue abrazar al que había conseguido la cátedra.

Luego de unos días, superado el doloroso estupor, resolvió seguir trabajando y juró no oponer nunca más a cátedra. Se reafirmó, además, en su decisión de marcharse a estudiar al extranjero.

Don *Carlos Jiménez Díaz*, cordial, abrió las puertas de su Instituto a *Severo Ochoa*. Le nombró Jefe de la Sección de Fisiología del Instituto de Investigaciones Médicas. *Severo*, resentido con su maestro *Negrín*, no volvió a cruzar la palabra con él. Se entregó de lleno a sus nuevos experimentos. Con tal frenesí que casi no se enteró de que había estallado la Guerra Civil. Siguió trabajando, imperturbable, en un edificio de la Ciudad Universitaria. Un día, al fin, se da cuenta de que aquello ya no es un pabellón universitario, sino una Escuela de Instrucción del Ejército Republicano. Y decide irse inmediatamente a otro país. Nada le importa lo que puedan opinar los demás. Ni siquiera le intimida el tener que pasar por el trance, violento, de entrevistarse con su antiguo maestro, el profesor *Negrín*, a la sazón ministro de Hacienda, que puede facilitarle un pasaporte para el extranjero.

Juan Negrín López se emociona.

Se justifica por lo sucedido en las oposiciones, el año anterior. Le abraza.

— Sí, *Severo*, su sitio está en otro lugar. La guerra no es para usted, que debe salvarse de ella. ¿Dónde quiere usted ir?

— A Heidelberg, a Alemania, con *Meyerhof*.

Alemania es una potencia enemiga, que ayuda a los nacionales. Es una petición osada. Mas *Negrín* no duda un momento. Entrega a *Carmen* y *Severo* sendos pasaportes para Alemania.

Y en el primer año de la Guerra Civil, el año del asedio del Alcázar de Toledo, de la entrada de las tropas de *Franco* en Oviedo y Gijón, de la tenaz resistencia de Madrid, *Severo Ochoa de Albornoz* y su esposa, *Carmen García Covián*, abandonan España.

Severo Ochoa y Javier Garau

Javier Garau Armet tuvo, durante largos años, soterrado, el prurito de poder reivindicar, públicamente, algún día, la excelencia de los métodos pedagógicos seguidos en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Y de proclamar, a los cuatro vientos, su amistad con hombres tan célebres como *Federico García Lorca*, *Salvador Dalí*, *Gerardo Diego*, *Rafael Méndez*; *Severo Ochoa*.

Pero los años de la posguerra no eran propicios a la defensa de los valores espirituales de la Residencia y de sus famosos huéspedes.

En 1969, sin embargo, el panorama político de nuestro país comienza a cambiar. El ministro de Educación y Ciencia, *José Luis Villar Palasí* redacta una Ley de Reforma de la Enseñanza acorde con los nuevos tiempos y en cuya elaboración participa *Ochoa*.

Javier Garau, presidente por entonces de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca, considera oportuno el momento y propone, en sesión extraordinaria, a la Junta de Gobierno de la Corporación, nombrar Académico de Honor de la misma a don *Severo Ochoa de Albornoz*. La propuesta es aprobada por unanimidad. Y, el 3 de junio de aquél mismo año, tiene lugar la solemne sesión de ingreso en la Academia palmesana, de nuestro último Premio Nobel de Medicina y Fisiología.

Presidió el acto *Javier Garau Armet*, acompañado de autoridades provinciales y locales, representantes de organizaciones sanitarias, la casi totalidad de Académicos Numerarios, algunos Corresponsales, un nutrido público. Los académicos vestían



Severo Ochoa en la Real Academia de Medicina de Palma de Mallorca, el día de su investidura como Académico de Honor.

de frac. Ochoa portaba un traje oscuro. Santiago Forteza Forteza, Secretario General Perpétuo, leyó el acta del nombramiento y, a continuación, penetró en el Salón de Actos el recipiendario, acompañado por los Académicos Numerarios más antiguos; Jaime Escalas Real y Francisco Medina Martí; y de los más modernos,

Bartolomé Mestre Mestre y Gonzalo Aguiló Mercader.

Los asistentes, puestos en pie, tributaron una larga ovación a Severo Ochoa.

En el discurso de bienvenida, Garau no hizo demasiadas referencias a la Residencia de Estudiantes de Madrid. Habló, en cambio, extensamente, de la vocación

científica de *Ochoa* y resumió su vida y su obra.

Severo Ochoa y *Carmen Covián* —dijo— luego de estar en Heidelberg cerca de un año, escapan de nuevo ante la proximidad de la Guerra Mundial y vuelven a Inglaterra, a Plymouth, donde reviven su feliz estancia anterior. Y, después, a Oxford. Allí trabaja nuestro futuro Premio Nobel con sir *Rudolph A. Peters*, sobre el metabolismo cerebral.

En agosto de 1940 la Segunda Guerra Mundial está en su apogeo. La batalla de Inglaterra adquiere caracteres apocalípticos. No cesan los bombardeos aéreos. Y *Severo*, «hombre distinto», «homo theoreticus» de la tipología de *Sprangel*, deja una serie de trabajos por realizar y se va, en barco, con su esposa a los EE.UU. de América, a encontrarse con el matrimonio *Cori*, *Gertrude (Gertyl)* y *Carl Ferdinand*, dos bioquímicos que, aunque nacidos en Praga, se hicieron súbditos americanos en 1928 y trabajan en la Facultad de la *Washington University Medical School*; en San Luis.

El matrimonio *Ochoa* se hace íntimo amigo de los *Cori*.

Los *Cori*, en 1947, alcanzarán el Premio Nobel, junto con *Houssay*, el sabio argentino que tan honda huella dejara en *Severo Ochoa* cuando su visita a Madrid.

Dos años permanece la pareja *Ochoa* en San Luis. Hasta que se trasladan, ya definitivamente, a Nueva York. *Severo* es nombrado agregado a la *New York University Center*. Y en Nueva York permanecerán muchos años. En aquella Universidad alcanzará el doctor *Ochoa* nuevos puestos; en 1944 es ya Profesor Auxiliar de Farmacología y Bioquímica. En 1946 fue promovido a Profesor y Director del Departamento de Farmacología. En 1952 ocupa el mismo cargo en el Departamento de Bioquímica. Se hace súbdito norteamericano.

Su trayectoria científica está jalonada por la concesión de numerosos premios; medalla *Bewberg*, premio *Mayer*, premio *Borden*. En 1959, en fin, el Premio Nobel de Medicina y Fisiología, que comparte con un antiguo discípulo suyo, muy joven,

Arthur Kornberg, «por sus descubrimientos del mecanismo de la síntesis biológica de los ácidos ribonucleicos y desoxirribonucleicos».

Al final de su discurso se refirió *Javier Garrau* a la próxima reforma de la Universidad, que tal vez, mitigara la vieja tristeza, trocada ya en melancolía, de sentir que, también nosotros, podemos hacer Ciencia. Como los demás pueblos.

Y citó aquellos versos, tan «implacables», al decir de *Lain Entralgo*, de *Antonio Machado*:

*¡Ay de la melancolía
que llorando se consuela!*

Severo Ochoa contestó a *Javier* emocionadamente. Le recordó su estancia común en la Residencia de Estudiantes de Madrid, «un Centro inspirador, de disciplina de la inteligencia, de cultivo de la estética, de las Artes, de las Ciencias». «De la que se podía haber hablado mucho más». Recordó a su director, don *Alberto Jiménez Fraud*, «alma de aquella Institución». Comentó, seguidamente la llamada «fuga de cerebros», que no existía ya en España, «curada hacía veinte años de sus heridas». Se puede hablar, únicamente, de «una acción pasiva», de «indiferencia». Pero estos defectos «se solucionarán con la inteligente reorganización de la enseñanza universitaria en curso».

A continuación el Presidente entregó el título de Académico de Honor a don *Severo Ochoa de Albornoz* y le impuso la medalla de la Corporación entre grandes aplausos de la concurrencia.

Colegiado de Honor

El siguiente día, 4 de junio, *Ochoa* fue nombrado Colegiado de Honor de este Colegio Oficial de Médicos de Baleares. Era entonces su presidente *José M.^a del Valle Fité*, quien presentó al sabio investigador asturiano.

Don *Severo*, en esta ocasión, pronunció una lección magistral acerca de, «Acción viral de algunos ácidos nucleicos», que fue seguida con mucha atención por los nu-

merosos médicos asistentes al acto. *Del Valle* entregó a *Ochoa* una placa conmemorativa. Luego se celebró una cena-homenaje de compañerismo, en honor del Premio Nobel «y su distinguida esposa», en el restaurante La Caleta.

El 5 de junio de 1969, en dos automóviles, un reducido grupo de amigos, *Javier Garau* y su hija *Amelia*, *Juan Eugenio Braziš*, *Miguel Llobera*, mi esposa y yo, acompañamos al matrimonio *Ochoa* al Hotel Formentor.

Don *Severo*, la tez cetrina, el pelo blanco, como una aureola, alrededor de su alargada cabeza, la nariz prominente, la frente amplia, el labio inferior grueso y caído, los ojos tristes, viste chaqueta azul, camisa roja desabrochada, pantalones caqui. Calza mocasines de color. Fuma, fuma sin cesar pitillos rubios emboquillados.

Después de comer, escribe, en el libro de oro del Hotel:

«Recuerdo de una deliciosa visita a Formentor, entre viejos y nuevos amigos, todos queridos. Severo Ochoa. 5 de junio de 1969».

En los jardines, rebosantes de flores, nos encontramos con una pareja de enamorados. Ella, muy joven, muy bonita, va vestida a la moda «hippie». Cuál no será nuestra sorpresa al verla abrazada, de repente, al cuello de *Ochoa*. ¡Cómo reían los dos, con qué alegría!

— Es *Alix*, la hija de *Ramón Castroviejo*.

— Nos explica don *Severo*— Acaba de casarse. Somos grandes amigos de su familia. Estamos siempre juntos en Nueva York. *Nosotros no tenemos hijos*.

El 6 de junio, la clase médica, ofreció al Premio Nobel una excursión, en ferrocarril, a Sóller. El convoy salió de Palma a las 4 y media de la tarde. Luego, seguimos viaje al Puerto en un tranvía con jardinera. Tras una merienda, iniciada con una «coca amb verdura», en el Hotel Marisol, volvimos en el mismo tren especial, formado por tres vagones y una locomotora Diesel acabada de estrenar. Efectuamos numerosas paradas en el trayecto de regreso. Para que el ilustre matrimonio contemplara el paisaje y pudiera el Profesor hacer muchas fotografías.

Retornamos, pues, muy lentamente a *Ciutat*. Queríamos prolongar, el mayor tiempo posible, aquél encuentro excepcional. Al día siguiente, a la caída de la tarde, *Carmen* y *Severo* partieron, en avión, rumbo a Madrid, Benidorm, Berna, Nueva York. Y se rompió el hechizo de unas horas irrepetibles.

Veinte años después

En el transcurso de estos veinte años, ¡cuántas cosas han sucedido! Tal vez la más importante de todas ellas sea la de haber aprendido los españoles la lección de la tolerancia.

Muchos de los colegas que vivieron aquellos momentos con *Ochoa* en Mallorca, ya no están entre nosotros. Recordemos, devotamente, los nombres de tres de ellos: *Javier Garau*, *José M.^a del Valle*, *Juan Caldentey*...

En 1986 falleció *Carmen Covián*. Y don *Severo* se encontró anciano y solo. Quedaron atrás sus afanes de investigador, la ilusionada búsqueda de la bioquímica molecular en las más recónditas urdimbres del cuerpo humano. La muerte creó, súbitamente, un vacío en torno a su vida.

Con *Carmen* desaparecía la compañera de tantos años de asendereada singladura científica. Perdían, de pronto, todo su valor los trabajos realizados; los premios, las medallas, los honores.

Algunas esposas de matrimonios sin hijos son, a un tiempo, madres, amantes, hijas; compañeras. Como si con su dedicación al marido quisieran hacerse perdonar su esterilidad.

Cuando murió *Zenobia Camprubí*, *Juan Ramón Jiménez* pidió, «una píldora, un revólver, algo para suicidarse».

Al profesor *Ochoa* le visitan, continuamente, sus antiguos discípulos y los viejos amigos. Procuran distraerle con sus charlas y le ofrecen repetidos testimonios de admiración y cariño. Voces fraternas le invitan, asimismo, con insistencia, a que se refugie en los consuelos de la religión.

Mas, *Severo Ochoa de Albornoz*, agnós-

tico y melancólico, se siente huérfano de nuevo. Igual que en Luarca. Y en Málaga. Y en Madrid, cuando ingresó en la Residencia de Estudiantes de la Colina de los Chopos, con su traje negro de luto, recién muerta su madre.



Prácticamente nada, nacido en Méjico en 1902. Licenciado en Medicina en la Universidad de Salamanca. Formado en el campo de la Pediatría en la escuela madrileña junto al Prof. Gamito Lestache y el Prof. Arce.

Ingresó en la Real Academia de Medicina de Palma en junio de 1942 con su extenso discurso «El cáncer infantil en Mallorca».

Una ingente actividad profesional dominó su etapa activa. Fue el núcleo de la Federación de Médicos. Su gran competencia quedó reflejada en su labor científica. Es conocido todo con la Gran Cruz Civil de Sanidad, Cruz de la Real Orden de Ciencias, Oficial de la Orden de la «Santa Púdipuz» en Francia.

La Academia está de luto. Ha perdido un gran hombre, un profesional autónomo, un luchador carismático... pero sobretodo se ha perdido uno de sus Académicos más queridos.

Mayo 1983

En los días de tormenta el cielo dibuja sobre el océano Atlántico nubes extrañas, parecidas a las espirales del ácido ribonucleico. Como grandes interrogantes al misterio de la existencia humana.

Juan María Román
Académico Honorario

Quiero manifestar cuánto se larga suspirar en la Academia palmarés. Vale tanto tiempo ya. Su presencia se ha trasladado progresivamente y se mira se otorgan en el recuerdo su eterna pertenencia entre nosotros y su actividad según existiera para todos. Siempre siempre en la vida. Cuando el caso de volver a verlo... y en las primeras, cuando su querido se ha retirado al más allá de los muros de la Academia. Pero, volvísteis a ver a un autor, siempre mestizo y callado.

... sus grandes ideas nos empuja a todos. El verso volver. Su silbo quedó de un modo y otro... Con su caminar firme se adelantó en el mundo camino de la retención en un día de primavera...

... y los recuerdos se agolpan...
Le recordo en el año 1962 cuando él era Presidente del Colegio de Médicos. Yo acababa de colegiarme y mi colegiación de la época terminó del Colegio de Médicos... los entonces fue una singular que me permitió el conocimiento y el diálogo de su Presidencia. En un momento de la historia y la seguridad de la profesión con la firmeza y la seguridad de las normas para la expresión y la acción de los autores, con la sencillez y la rigurosidad de los procedimientos. A partir de entonces como un más profunda adhesión...